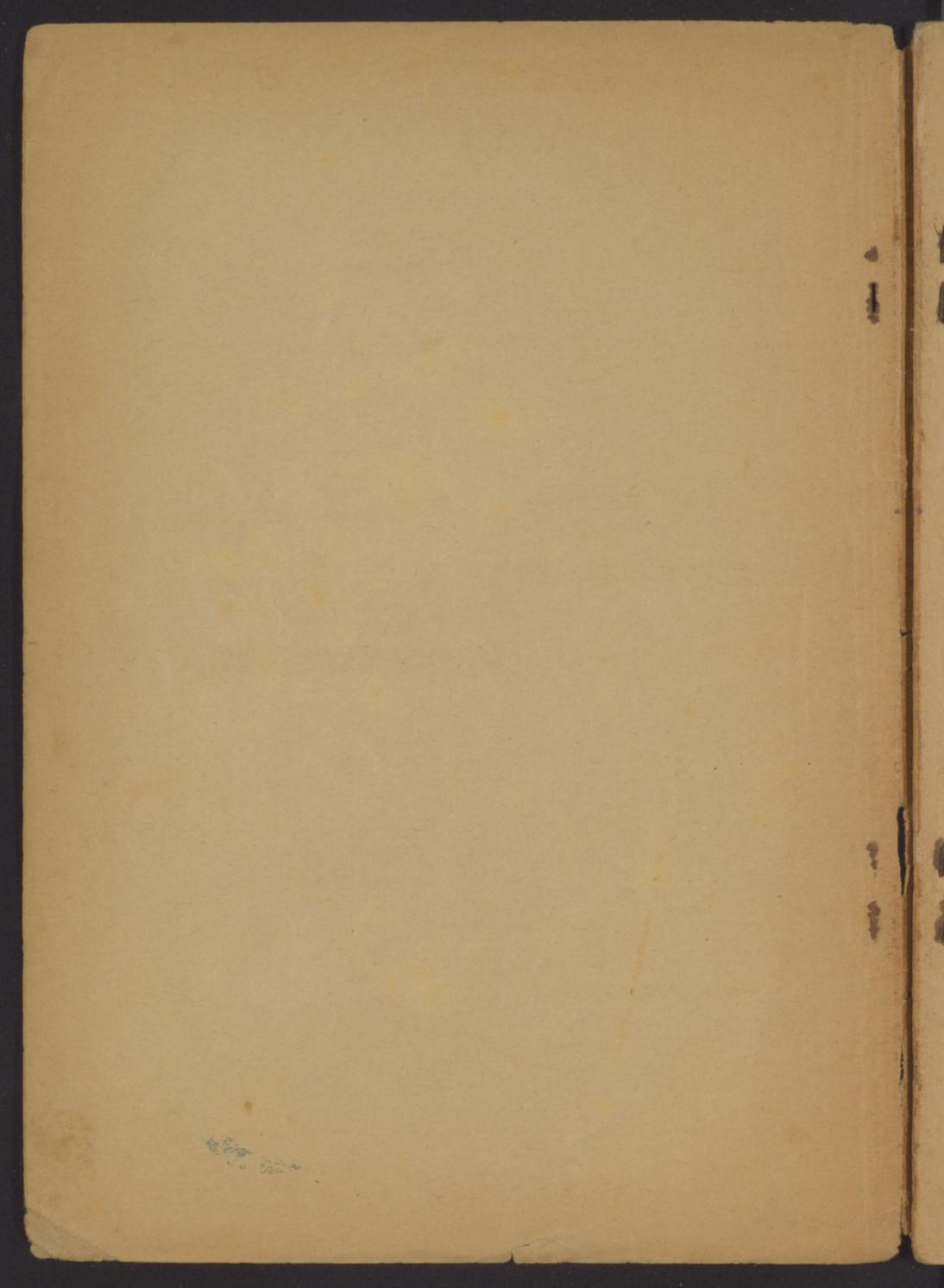


610
9
Selección films de amor



El vien de
acuavina 8'
50 alady las **8'**
cts Sanpere



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

Redacción, Administración y Talleres:
Valencia, 234-Apartado 707-Tel. 70867-Barcelona

EDITORIAL



NUEVA
COLECCIÓN

PUBLICACIONES
OJINALEN

Agente de ventas: Sdad. Gral. España de Librería, Barberá, 14 y 16-Barcelona

AÑO II

NÚM. 40

El tren de las 8.47

EXCLUSIVAS

H U E T

Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

Una novela que refleja con exactitud la vida de un cuartel, la alegría de los muchachos, en esa edad en que solo se piensa en divertirse y que pone de manifiesto la bondad de los jefes, cuando en sus soldados solo ven a nuevos hijos que han de estar bajo su custodia durante un par de años

Narración castellana
en forma de novela de
M. Nieto Galán

Adaptación de la obra francesa
“Le train de 8 h. 47”
Autor: GEORGES COURTELEINE

PRINCIPALES INTERPRETES

Cabo Vela	ALADY
Montero	ACUAVIVA
Capitán Sanromán	SANTPERE

Dirección de

M. CHEVALIER

**PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN**

EL TREN DE LAS 8.47

ARGUMENTO DE
DICHA PELICULA

VISITA DE MEDICO

En el amplio patio del cuartel de caballería, acaba de sonar el clarín tocando a diana. Los soldados comenzaron a levantarse de sus camastros con la pesadez propia de la juventud que se ve obligada a interrumpir su sueño, y al momento se oyó la voz de uno de los sargentos, que decía:

—¡Quintos! ¡A ponerse de gala que vamos a la cuadra!

Uno de los soldados se levantó trabajosamente y murmuró en voz baja:

—Ochenta días más de caballería... y a volar.

El sargento entró en el cuarto, y les dijo con voz imperiosa, que quería hacer mucho más enérgica de lo que era en realidad.

—Atención... A la revista.

Todos los soldados se alinearon y el sargento preguntó:

—Hay alguien enfermo?

El cabo Vela que era uno de los más gandules del esquadrón, y a la vez el más fresco de todos, se había quedado deliberadamente en la cama y a la pregunta del sargento, respondió con voz lastimera:

—Sí, yo... el cabo Pedro Vela.

—Pues apúntate a reconocimiento — le respondió el sargento saliendo del dormitorio del esquadrón.

A penas él hubo salido, Montero, un soldado raso que era de la misma compañía que el cabo Vela e íntimo amigo suyo se acercó a él y le preguntó con gran interés:

—De verdad estás malo, Perico?

—Estoy *molio* — respondió el cabo.

—¿Y qué es lo que tienes?

—No lo sé — respondió el cabo, mirando la cara de bruto de su amigo —. Si te preguntan, tú te haces el burro, y en paz.

—¿El burro? — preguntó el soldado.

—Sí, hombre, el burro — volvió a decirle el cabo Vela —. Que digas que no sabes ná de ná... y así no engañas a nadie.

Mientras los dos amigos hablaban y el cabo Vela le daba informes de su fingida enfermedad, los soldados habían ya salido al patio del cuartel, y uno de ellos se entretenía en pintar en una pared, la figura del teniente Redondo, uno de los suboficiales a quien más temían por su mal genio. Pero tuvo la desgracia de que en el momento en que estaba terminando de pintar la ridícula figura del suboficial Redondo, éste apareció de pronto, y al verse ridiculizado de aquella forma, se encaró con el soldado, diciéndole:

—¿Qué es eso, amiguito?

El soldado, sin saber qué responder al verse cogido con las manos en la masa se cuadró militarmente mientras que el suboficial le volvía a decir indignado:

—¿Con que ese soy yo?... Está bien, señor Pintamonas... Muy bien... Cuatro días de permiso... para que me dibujes cómodamente en la perrera...

El soldado inició la marcha, y en aquel instante se oyó una voz que decía:

—Ahí va el cabo Vela... —Y haciendo ademán de torrearle, le gritó —: ¡Eh, toro!

El cabo se volvió rápidamente, encarándose para quien le había llamado de aquella forma, y le preguntó:

—¿Qué has dicho?

El soldado, seguro de la confianza que tenía con el cabo, por ser de su misma quinta, le respondió riendo:

—Nada que eres de pura sangre... En cuanto se te llame te arrancas.

El suboficial Redondo, que había oído como el soldado faltaba al respeto al cabo, se vió en la precisión de intervenir para salvar la disciplina militar, y le dijo al soldado:

—Bravo, *Caganchito*. Te vas a quedar ocho días en el toril.

—¿Al calabozo? — preguntó asustado el soldado.

—Sí, hombre, sí — le dijo de nuevo el suboficial —. Allí podrás imitar el bramido del toro, y el paso de ese animal.

—Pero si el toro es él — exclamó el soldado.

—Y tu el animal — le dijo el suboficial —. Con que, vivo, de frente, mar...

El soldado no tuvo más remedio que cumplir la orden que le había dado el suboficial mientras que el cabo Vela se dirigía hacia donde estaba la Enfermería, y antes de llegar a ella se detuvo para pensar qué enfermedad achacaría para que lo rebajasen de servicio.

—¿Qué le diría yo al médico que tengo?... ¿El sarampión? No, que eso se conoce. ¿El baile de San Vito?... Qué sé yo, pero en fin, un poco de suerte y el día es mío.

Llegó por fin a la puerta de la enfermería, y oyó que desde dentro gritaban quejándose, y exclamó asustado:

—¡Cómo grita ese tío! ¿Si lo estarán matando?

Tuvo, incluso, deseos de huir de allí y declarar la verdad de que estaba bueno, pero antes que pudiera hacerlo, salió un enfermero y gritó, a los que esperaban turno:

—¡Manuel Bueno y Mas!

Se adelantó un soldado con un pie vendado, y Vela le dijo burlonamente:

—¿No te da vergüenza ponerte enfermo, con esos apellidos?

El individuo sin hacerle caso, entró en la enfermería, y el médico, a penas lo vió le preguntó extrañado:

—¿Otra vez aquí?

—Es que me he hecho daño en un pie, mi capitán — le respondió el soldado.

—Bueno, descállzate — le ordenó el capitán médico, diciéndole a continuación al enfermero —. Otro.

Salió éste fuera, y llamó de nuevo, siguiendo la lista de enfermos.

—¡Cabo, Pedro Vela!

Vela adoptó un gesto de tristeza y profundo dolor, y entró a la Enfermería, donde el médico le preguntó:

—¿Qué te pasa a tí?

—La garganta — respondió el cabo —. No puedo tra-

gar... ¡Con la falta que me está haciendo!... Tengo una fiebre de caballo... Llevo dos noches sin pegar un ojo...

—Abre la boca — le ordenó el médico.

Vela abrió la boca, y el médico le metió un aparato que por poco si no se ahoga. Le miró detenidamente la garganta y no encontrando nada anormal, le dijo, por si acaso.

—Ba, eso no es nada... No te pongas las botas de montar en dos días.

—¿Y yo? — preguntó el que se quejaba del pie.

El médico lo miró socarronamente, y le dijo al enfermero:

—A éste dale un buen purgante de aceite de ricino.

—Pero si yo... — se atrevió a decir el soldado, que lo que menos pensaba era que por quejarse del pie lo pudieran purgar.

—Nada, aceite de ricino... A ver... Otro.

Verdaderamente en el cuartel no se pasaba mal del todo. La oficialidad era buena a más no poder; sobre todo el capitán del escuadrón, y si no hubiera sido por el suboficial Redondo, aquello habría sido Jauja. Pero el dichoso suboficial no los dejaba tranquilos y al que parecía tener más "hincha", era precisamente al cabo Vela. Con ese conocimiento que la antigüedad da, el suboficial había adivinado la poca vergüenza que tenía el cabo en cuestión y su amiguito Montero, y no los perdía de vista un solo momento.

El cabo Vela le tenía igual "hincha", y su alegría mayor era jugarle una trastada en cuanto podía. Hasta le había inventado una copla que decía:

Suboficial Redondo
de mi batallón
redondo, redondo,
como buen melón.

Pon.

Iba cantando aquella canción, sin darse cuenta de la presencia del suboficial, cuando de pronto se oyó llamar por él. El cabo se paró inmediatamente, adoptó otra vez el aire de enfermo, y el suboficial le dijo acercándose a él:

—¿Qué haces aquí mano sobre mano?

—Es que estoy malo — respondió Vela —. Estoy malo de los pies, mi suboficial.

El suboficial no se quiso meter con él en aquella ocasión y lo dejó marchar tranquilamente a su cuarto. Una vez en él, Vela creyó oportuno asearse y cogió un trozo de espejo y empezó a peinarse cuidadosamente, sin darse cuenta de que el sol se reflejaba en el espejo, y éste daba en los ojos al suboficial que estaba en el patio. Redondo creyó que se trataba de alguna bromita del cabo y subió indignado a donde estaba éste, preguntándole.

—Con que estás enfermo, eh?

—Sí, mi suboficial — respondió el cabo.

—Y te aprovechas de ello para deslumbrarme?

Vela lo miró sin comprender lo que quería decirle, y le preguntó sonriente:

—¿Qué yo deslumbro, mi suboficial?

—Claro que sí, con ese espejito.

Vela, que se veía encima un arresto de un par de días, quiso disculparse y le dijo:

—Le juro a usted que no lo había visto... Habrá sido el espejo.

—Bueno — exclamó el suboficial, agotada ya su paciencia —. Pues castigaremos al espejo. Métetelo un par de días en el bolsillo y quédate con él para que no salga a tomar el sol... Ya lo sabes.

Pedro Vela esperó a que saliera el suboficial, y en cuanto lo vió lejos, exclamó indignado:

—¡Bandido! — Y mirando al espejo causante de su desgracia, exclamó —: ¡Maldito sea el inventor de los espejos... Na y que va de verdad... El día que suelte el fusil le deshago a este tío la culata...

El suboficial, tan pronto como arrestó al cabo, se fué al despacho del capitán. Allí se encontró con el sargento Covachuela y lo saludó, diciéndole:

—Buenos días, Covachuela... ¿Dónde está el cuaderno de castigos?

El sargento le entregó el cuaderno, y estaba el suboficial apuntando los castigos que había impuesto aquel día, cuando el sargento le dijo en voz baja:

—Ojo, el capitán llega.

En efecto, segundos después entraba el capitán Sanromán. Era un hombre de unos cuarenta años. Su rostro expresaba un carácter irascible, pero todos los soldados sabían que aquel hombre no tenía más que palabras. Oyéndole, parecía que se iba a comer el batallón, pero luego era un trozo de pan, hasta sin corteza incapaz de hacer daño a un simple mosquito.

El suboficial que no hacía muchas migas con él, en cuanto lo vió, terminó de escribir y se puso en pie para salir del cuarto. El capitán lo saludó con frialdad y le preguntó:

—¿Se marcha?

—He acabado ya, mi capitán...

Salió el suboficial y el capitán exclamó, viéndole salir:

—Por ahí te pudras, ladrón... Que eres más malo que el tabardillo.

Cogió el libro de castigo, y leyó en alta voz:

“Cabo Pedro Vela. Dos días de arresto por haber tomado el sol con un espejo y haberlo lanzado violentamente a la cara del suboficial Redondo.”

—Este hombre es cada vez más severo... No se da cuenta de que los soldados son chiquillos traviesos... Sargento, hágame el favor de llamar al cabo Vela.

El sargento salió y dió orden a un soldado de que llamassen al cabo Vela, quien al saber que lo llamaba el capitán, pensó que la cosa era más seria de lo que él se había imaginado.

Se presentó, por fin, ante el capitán, que le dijo al verle:

—Ah, estás ya aquí? Valiente mamarracho y sinvergüenza eres tú.

—Mi capitán... — respondió Vela, como quejándose de aquél trato.

El capitán sin hacer caso de su protesta, siguió diciéndole:

—Con que dos días de arresto por tomar el sol con los espejos, ¿eh? ¿Y eres tú el que quiere ascender a sargento?... ¿No sabes que para eso se necesita ser muy hombre?

Vela no se atrevía ni a replicar. El gesto del capitán era tan autoritario, que el cabo pensó, que a la menor palabra, en vez de dos días le tocaría una semana de arresto. El capitán

Sanromán, al verlo callado, seguió diciéndole, cada vez más exaltado:

—Sigue, sigue tomando el sol, y si yo influyo para que te ascienda, que me cuelguen. ¿Lo oyes?... Habráse visto este mico... Tomar el sol con los espejos, y lanzarlo a la cara de sus superiores jerárquicos... Y lo que es peor, lanzarlo con violencia!... ¡Te voy a dar una patada, que no vas a poderse sentar en tres meses!... ¿Qué le parece a usted, Covachuela?

El sargento que sabía que todo aquello de la patada y el mal humor del capitán serían nada más que cuestión de segundos, ni siquiera se atrevió a responder, y el capitán siguió diciendo:

—A estos payasos conviene darles una lección... ¡Se rien de su sombra! Y el caso es que no hay uno que valga una perra gorda... Mire usted que tomar el sol con espejo...

Empezó a dar paseos por la habitación y al soldado que le estaba preparando el cocktail, le dijo:

—Y tú, ¿qué haces aquí todavía, mameluco? Aun no has terminado?... Otro que tal... ¡Deja eso y sal de aquí en seguida, atontao!

El soldado aprovechó la ocasión para escabullirse, mientras que el capitán le decía al sargento:

—Covachuela, póngale ocho días de arresto a ese tontaina, por no saber hacer un cocktail a mi gusto.

—Bien mi capitán — exclamó el sargento tomando el libro de castigo. Pero antes de que pudiera empezar a escribir, el capitán lo detuvo, diciéndole:

—No, deje, no le castigue. Ya lo haré yo algún día, metiéndole la bota en el asiento, aunque me cueste ir a presidio...

El capitán, mientras hablaba, había ido preparando él mismo el cocktail. Llenó dos vasos y le ofreció uno al sargento, diciéndole:

—¡A su salud!

—A la suya, mi capitán — respondió el sargento tomando la copa que le ofrecía su superior y pasándola inadvertidamente por delante de las narices de Vela, quien al percibir aquel olorcillo del alcohol, sintió que se le nublaba la vista de gusto y se relamió los labios como si acabase de beberlo él mismo.

UNA MISION DE IMPORTANCIA

El capitán dejó la copa vacía sobre la mesa y encarándose nuevamente con el cabo, le dijo:

—Tú, caballero de los Espejos; ponte el uniforme, y ven para aquí.

—Si ya lo tengo puesto, mi capitán — respondió el cabo.

—Es verdad — respondió el capitán. Y dirigiéndose al sargento, le preguntó —. ¿Tiene lista la cuenta, Covachuela?

—Sí, mi capitán — respondió el sargento.

—Pues dígale a este bandido, lo que tiene que hacer.

El sargento se encaró con el cabo y le dijo:

—Tienes que ir a Alicante con un muchacho de tu escuadrón a recoger cuatro caballos.

—Ya sé — respondió el cabo —. Son Godoy, Goliath, Golilla y...

—Pasos Largos! — dijo el capitán.

—Ese era un bandido de Ronda, digo, perdón, mi capitán, es el otro caballo. No me había acordado.

El capitán se volvió de espaldas para que el cabo no le viera reir y el sargento siguió diciéndole:

—Esta mañana saldréis para Carabanchel, en el tren de las 8'47.

—Conforme — respondió Vela.

El sargento le entregó una carta y siguió diciéndole:

—Esta carta es para el sargento de semana, que os facilitará dos camas. Y ahí van dos permisos de 24 horas, uno a tu nombre, y el otro a nombre...

—Ah, sí — exclamó el capitán —. ¿Quién irá contigo?

—El soldado Montero — le dijo el cabo —. Es un paisano de Belmonte.

—Pues avisa a Montero — le dijo el sargento —. Ahora pasemos al capítulo de subvenciones... Dos terceras militares de ida y vuelta, 4'60; dietas, 6. Total... 10'60. Aquí las tienes.

Vela, cogió las pesetas y exclamó extrañado:

—Pero se deja usted lo principal, mi sargento... Los caballos.

—Sí — exclamó el sargento —. Y la cebada para vosotros. Puedes retirarte.

Pero Vela permaneció en pie, y el sargento al ver que no se marchaba, exclamó:

—Pero, ¿qué haces que no arreas?

El cabo, mirando el dinero que tenía en la mano, le respondió:

—Es que no veo esto muy justo, mi sargento.

—¿Que no está la cuenta justa?

—Sí que está justa, pero está tan justa, que no hay manera de hacer nada... Aurnente usted algo, mi sargento... Súpongase que nos da un "miserere" y tenemos que tomar un vaso de ginebra...

—Pues no se toma — exclamó el capitán Sanromán que oía la conversación —. A un buen soldado, lo mismo le da reventar de un "miserere" que de una granada.

—A mí, no, mi capitán — replicó el cabo Vela —. Yo preferiría reventar de un vaso de ginebra.

El capitán se levantó de su asiento, miró terroríficamente al cabo y le preguntó:

—¡Ah! vamos... ¿Y para eso quieres el dinero? ¿Para emborracharte?

—Eso, no, mi capitán — respondió seriamente el cabo Vela.

El capitán lo miró burlonamente, y adquiriendo de nuevo aquella seriedad tan habitual en él, volvió a decirle:

—Entonces lo querrás para ir de jarana, de picospardos... ¿verdad? Eso eso. Mujeres, vino, alegría... Una vida tango que está pidiendo música...

Calló unos segundos, mirando fijamente al cabo y luego le dijo:

—Mire usted que pensar en mujeres con esa cara de mico que tienes... Si es para morirse de risa o para matarte.

Luego se volvió al sargento, y transigiendo con la petición de Vela, le ordenó a aquél:

—Bueno, Covachuela, déle usted un par de duros más y que se vayan al cuerno.

—¡Mi padre! — exclamó el cabo al oír que le iban a dar un par de duros.

—¿Qué dices? — exclamó el capitán gritándole, como si se lo fuese a comer.

—Ná, mi capitán — respondió Vela —. Digo que es usted un San Francisco de Asís, con espuelas. Que lo merece usted, toó... Que para quedar en paz lo haría yo a usted Ministro de la Guerra... Y si no, que prueben, que prueben hacerme a mí, Presidente de la República.

El capitán Sanromán no pudo menos que abandonar su aire de seriedad y le respondió sonriendo:

—Ah, ladrón... Con que te parezco bueno, ¿eh?... Pues atrévete a venir borracho y te mando fusilar... ¡Largo de aquí, ya!... ¡So mamarracho!

Vela salió del cuarto del capitán, y más contento que un chiquillo con zapatos nuevos se fué hacia el cuarto del cuartel, donde estaban todos sus compañeros en aquellos momentos armando un jaleo enorme. Al entrar quiso hacer valer su jerarquía de cabo, y les gritó:

—Eh, silencio... ¿Qué pasa?... ¿Quién es el guapo que quiere hacer oposiciones a dos días de recreo?

Viendo que todos callaban a sus palabras, se enardeció y volvió a decirles:

—¡El que se atreva que levante el dedo! Se admiten reclamaciones...

Montero se acercó a él y le preguntó:

—¿Te has vuelto loco?

—No seas acémila — le respondió Vela —. Das a veces unas coces que te quedas sin herraduras.

Le dió un empujón y lo tiró encima de un camastro, mientras le decía, enseñándole el dinero que llevaba:

—Calla y mira.

Montero lo miró asombrado y, sin poder adivinar de dónde procedía aquel dinero, le preguntó asustado:

—¿Has matado a alguien? ¿Te has metido a atracador?

—Sí, y tú vas a ser mi cómplice — le respondió Vela—. Veinte años de cadena perpetua y un día... Eso quieren decir las veinte pesetas que me han dao... Prepárate, que nos vamos a recoger las víctimas. "Gody", "Goliat", "Golilla" y "Pasos Largos".

Montero se levantó rápidamente de la cama y Vela tuvo que sujetarlo para preguntarle:

—¿Dónde vas?

—A buscar a la Guardia Civil—le respondió Montero asustado.

—No seas mulo, hombre — le dijo de nuevo el cabo—. Si esos nombres son los que corresponden a cuatro pencos que hemos de recoger... mira aquí están los permisos. Deletra y entérate ¡cabeza de ministro!

Montero abrió los brazos para estrechar en ellos al cabo al mismo tiempo que el decía entusiasmado:

—Ven aquí asesino, que eres más güeno que San Cristóbal.

Los dos amigos se abrazaron y empezaron a jugar, pero del juego terminaron en verdadera lucha, mientras que los otros soldados los aplaudían entusiasmados.

—Anda, dale, Vela — le decía uno—. Que no se diga que un cabo no se enciende.

—Muérdele la nuez — le gritaba otro.

—Mátalo — le decía un tercero.

Y enardecidos por las palabras de sus compañeros, los dos amigos seguían luchando en el suelo, tirando un poste que sostenía las estufas y llenando todo el pavimento de cenizas.

Por fin, Montero, quedó debajo de Vela y éste le dijo:

—Ríndete o te desago... Hinca el pico... ¿No ves que ya no puedes ni con tu alma? Tienes menos fuerza que un recién casado...

Un soldado, al ver que terminaba la pelea se encaró con Vela y le dijo:

—¿Y ahora que has tirao la mesa y la estufa, qué?... ¿La huelga del hambre? Hay que ver, de un golpe nos has quitado todas las comodidades. El menú y la calefacción,

—Después de todo ahí te quedas tú, que yo me las piro. Vela lo cogió por un brazo al ver el tono altanero con que le hablaba y le dijo:

—¡Eh, tú, imaginario... ¿Tienes las manos limpias?

—Sí, ¿qué pasa? — respondió el soldado haciéndole frente.

—Pues pasa — le respondió el cabo Vela —, que vas a arreglar la estufa.

El soldado, sin amedrantarse por el tono enérgico con que era mandado, preguntó con cierta burla:

—¿Quién, yo?... ¡Las narices!

—Bueno, hombre — le volvió a decir el cabo —, encerrao dos días en el Ripalda de la urbanidad para que aprendas a contestarme.

—Pues si tanto te empeñas te lo repetiré con amplificador... ¡Las narices! — insistió el soldado con ánimos de no dejarse amilanar por el cabo. Pero Vela no era de los que cejaban pronto en su empeño y, a pesar de la actitud del soldado, se acercó a él mirándole las narices y le dijo:

—¡Con que las narices! ¿Es que las tienes asegurás cuando tanto las expones? — Y señalando para la estufa continuó diciéndole: —Pues esto lo arreglarás tú, ahora mismito. Cinco minutos te doy para arreglar la estufa, barrer el suelo, asearte y sacarte la raya. Eso... o dos días más con la enciclopedia de la buena educación... ¡Conque tú dirás!

Y ante la actitud enérgica del cabo, que no hacía más que enseñarle los galones, Canuto, que así se llamaba el soldado irascible, no tuvo más remedio que cumplir la orden y ponerse a arreglar la estufa, mientras que Vela, una vez que se vió obedecido, cogió del brazo a Montero y le dijo:

—¡Vamos!

—¿Dónde? — preguntó Montero, temiendo que la tomase ahora con él.

—A la cantina ¡so pasmao! — le respondió Vela. — ¿No ves que estos desgraciaos nos han estropeao el condumio?

Los dos amigos salieron del cuarto y se fueron directamente a la cantina, para empezar a hacer uso de aquellos dos duros que tan bonitamente les había regalado el capitán. El mozo de la cantina, cuando los vió entrar y pedir de comer, les dijo burlonamente:

—¿Os han despedido del hotel?

Vela lo miró con gran indiferencia y le respondió autoritario:

—Tú, a servir, que es lo tuyo. Tráete del mejor tinto, dos pares de medias.

Montero se le quedó mirando extrañado y al fin no pudo menos que decirle:

—¿Y pa eso me traes aquí?... ¿A mí que no llevo ni "carsetines"?

Vela sabía que su amigo era muy bruto, pero no lo creía tanto como en aquella ocasión demostraba y no pudo menos que decirle:

—¡Si me refiero a medias botellas, so bruto!

—Ah, pos entonces que se traigan también cualquier cosilla pa ir hasiendo boca, ¿no te parece?

—Llevas razón — exclamó Vela, llamando al mozo y encargándole: —Tráete unas anchoas.

—Y dos patas de cerdo — le ordenó a continuación Montero, haciendo que el mozo exclamara:

—¡Madre de Dios!

—¿Qué pasa? — preguntó Vela.

—Pues que con tanta pata y tanta media no vais a poder dar un paso — respondió el mozo queriéndosela dar de graciosas.

Poco después empezaron a comer y a beber y no tardó mucho tiempo sin que el vinillo empezara a surtir sus efectos, y Vela le dijo casi tartamudeando:

—Estoy pensando una cosa.

—¿Cuál? — preguntó Montero adoptando un aire de gran interés.

—Pues que como sigamos a este paso, nos vamos a quedar a dos velas antes de salir del cuartel.

—No te apures — le respondió alegremente Montero.

—Con tal de que nos alumbrémos...

—Pero, ¿y los caballos? — comentó el cabo.

Montero se encogió de hombros, sintiéndose en aquellos momentos más valiente que el Cid, y le contestó:

—Que se arreglen por su cuenta, que ya son mayores.

—Bien pensao — exclamó Vela, que estaba ya casi borracho—. Que vengan por sus pies.

—Eso, y nosotros ensima, así nos ahorraramos el dinero de la vuelta — le propuso Montero.

—Es verdad — terminó diciendo el cabo—. Pa eso somos hermanos... Y ahora vamos a vestirnos para irnos a la estación.

Salieron por fin de la cantina cogidos del brazo y cruzaron el ancho patio, donde se tropezaron con el suboficial Redondo. En cuanto lo vió el cabo le dijo a su compañero:

—Mira el suboficial Redondo, vamos a chuflearnos de él. Con toda intención cruzaron frente a él y en cuanto los vió el suboficial los llamó gritándoles:

—¡Eh, muchachos!

Los dos siguieron como si nada hubieran oido y nuevamente el suboficial les gritó:

—¡Eh!, que os estoy llamando.

Vela se volvió rápidamente para no empeorar la cosa y lo saludó diciéndole:

—A la orden mi suboficial.

—Pero ¿os atrevéis a salir estando arrestados? Media vuelta y ocho días más de arresto.

—Pero, si no salimos, mi suboficial—respondió Vela con cierta ironía burlona.

—¿Que no salís? Pues, esto que estáis haciendo qué es, ¿entrar?... Yo sí que os voy a hacer entrar en cintura, que es lo que necesitáis vosotros y lo vais a conseguir. Os he dicho que ocho días más de arresto y los vais a cumplir día por día.

—Perdón, mi suboficial — le respondió Vela—; salimos, es verdad, pero no salimos de paseo. Vamos de servicio.

Sacó los permisos del capitán y se los mostró ufanamente diciéndole:

—Aquí tiene nuestros permisos.

El suboficial los miró con ganas de asesinarlos y después de leer los permisos que le enseñaban, exclamó conteniendo la ira que se lo comía:

—En efecto... Todo está arreglado... Ya sabía yo que me las había con un par de frescos... Bien, hombre, bien... Ahora a correrla, ¿verdad?



- Me he hecho daño en un pie,
mi capitán se quejó el recluta,



Vela escuchaba las explicaciones de Mon-
tero mientras hacía el aseo de su persona.



- ¿Os atrevéis a salir estando castigados?
- amonestó severamente el Teniente Redondo.



- Aquí tiene nuestros permisos mi teniente - explicó Vela.

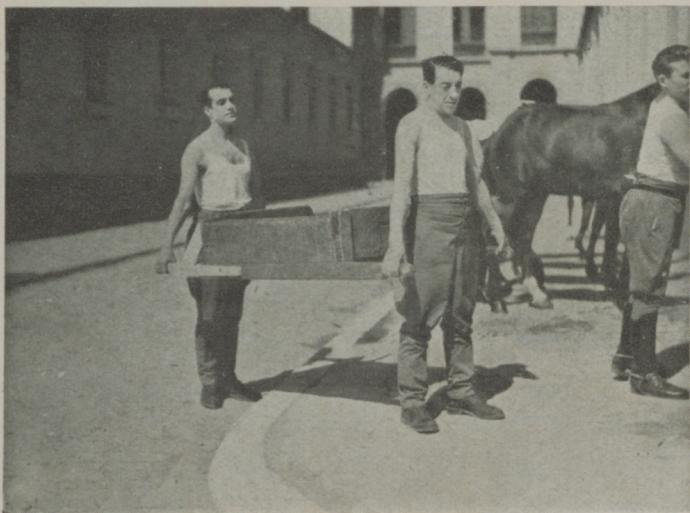




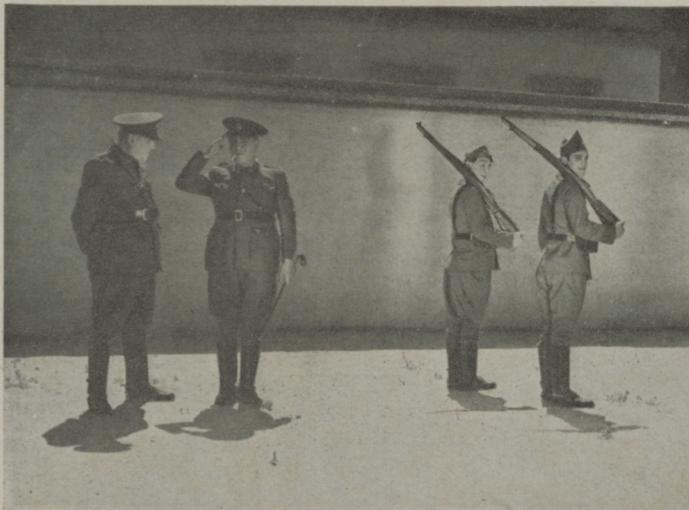
■ ■ . Y se pusieron en marcha más contentos que unas Pascuas con el permiso en el bolsillo.



“La Permanente” hizo los honores a los quisquillosos trasnochadores.



... Y los soldados Montero y Vela fueron castigados con los más duros trabajos.



- Señor sub-oficial, le concedo ocho días de arresto para que se aprenda usted...



—Claro — exclamó Vela con segunda intención—. Y a quien le pique que se rasque, ¿verdad mi suboficial?

—Naturalmente... Ah, pícaros, y cómo debéis ponerlas... Pues a encenderlas, muchachos, que las mujeres son de pólvora... ¡Ay, si yo tuviera veinte años menos!...

Vela se le quedó mirando la cara y no pudo menos que exclarar:

—Si usted tuviera veinte años menos... ¡Na!

—¿Qué dices?

—Digo, que ¡NA!... Como es usted tan buena persona, pues no iba usted a hacer na malo.

El capitán, desde la azotea del cuartel veía a los dos muchachos y al suboficial y, pensando en lo que estaba sucediendo, le decía al teniente que le acompañaba:

—Son unos bandidos, unos sinvergüenzas... Pero no puedo remediarlo, los quiero... Los quiero... Me recuerdan mi niñez... Mi juventud, teniente... Hijo de cantinera me he pasao la vida arrastrándome por el patio del cuartel, entre las patas de los caballos. De soldado he llegado a ser el capitán, a quien todos tienen por malo.

El teniente que conocía la bondad de aquel hombre, sonrió al oír que él mismo se calificaba de malo, y le respondió:

—No tan malo, capitán, no tan malo.

—Sí que lo soy — insistió el capitán, que no quería hacerse pasar por bueno. He dicho malo nada más y me he quedado corto. Y es que estoy de mal humor, porque estoy teniblando al pensar en la reunioncita de mañana en casa del coronel... ¿Irá usted?

—No hay más remedio... No hay disculpa que valga.

—Pues piense usted que nos vamos a divertir... Ya preferiría... En fin no hay más remedio que ir.

El teniente volvió a sonreir pensando en lo que le molestaba al capitán aquellas reuniones y siguieron su paseo, cuando ya Vela y su amigo habían desaparecido del cuartel con dirección a la estación donde tenían que tomar el tren de las 8,47.

UN VIAJE A TODO POSTIN

Dió la casualidad de que en el mismo tren en que iban los dos reclutas, fuese también una muchacha que pronto llamó la atención del cabo Vela, quien, sin más ni más, se preparó para el ataque, aun cuando Montero le dijo todo lo seriamente que él podía decirlo:

—Ten cuidao con no convidarla a na, que nos queamós en mitad del camino.

El cabo Vela, sin hacer caso de la recomendación de su amigo, se fué hacia donde estaba la muchacha y le dijo:

—¿A dónde va la reina de las mujeres bonitas?

La muchacha le volvió la cara sin contestarle siquiera y el cabo Vela siguió diciéndole:

—A usted le está haciendo falta a su lao un militar de graduación para que no la roben, porque está usted como para secuestrarla y pasarlía por las armas...

La muchacha hizo un gesto de desagrado y Vela, creyendo que había hecho gracia, se acercó más a ella preguntándole:

—¿Había dicho usted algo?

Nuevo silencio de ella y Vela empezó a preguntarse a él mismo y a preguntarse como si fuera ella la que lo hiciera.

—¿Que a dónde voy, dice usted?... ¿Dónde quiere usted que vaya? Pues a la conquista de un trono para regalárselo a la que va a ser emperatriz de Andorra...

Y más decidido por el silencio de ella intentó incluso besarla, mas la muchacha le respondió airadamente:

—Ahora mismo se está usted largando con la misión a

otra parte... Andele zangüango. Andele a su mamita con sus hazañas de guerra. Que yo ya sé lo que es, no un simple cabo, sino todo un batallón.

Pero Vela no se desanimó por aquellas palabras e insistió con tanta fuerza que la muchacha al fin no pudo menos que echarse a reir y allí se perdió, porque ya el cabo, considerándose dueño de la situación, entabló conversación con ella, como si fueran conocidos de mucho tiempo.

Precisamente Montero hacía lo propio que él; había encontrado otra compañera de viaje y los dos se hallaban tan amartelados, que ni siquiera oyeron al jefe de la estación donde tenían que bajar.

Cuando se dieron cuenta de ello fué cuando el revisor se les acercó y les dijo:

—Los billetes

Vela se echó mano a ellos y no los encontraba por ninguna parte preguntándole al fin:

—¿Dice usted que los billetes?

—Claro que sí — respondió el revisor.

Montero, que lo veía accionar, le dijo asustado.

—¿Los has perdido?

—Qué he de perderlo, animal — respondió Vela siguiendo buscándolos, hasta que por fin los encontró. El revisor los miró y, al darse cuenta de dónde iban los muchachos, les dijo:

—¿Con qué van ustedes a Carabanchel?

—En cuerpo y alma — respondió Vela.

—Entonces grandísimos guasones—les dijo el revisor—, ¿cómo no han descendido en la estación pasada?

—Pues porque nosotros lo que queremos es ascender, no descender — respondió riendo el cabo Vela, para hacer gracia a las muchachas.

—Nada de bromitas — exclamó el revisor a quien ya le iba cargando la guasa de aquel cabito—. Les pregunto, ¿que cómo no se han quedado en el otro pueblo?

—Pues porque no se nos ha perdido nada en él.

—Pues yo les diré lo que han perdido — les dijo el revisor—: han perdido ustedes el trasbordo para Alicante... Con que bajen en esta misma estación, en seguida.

El cabo Vela, al saber que había perdido el trasbordo,

dejóse ya de más gracias y cogió por un brazo a su amigo diciéndole:

—Tú, apéate en seguida... ¿No ves que nos hemos pasao?

—Sí, ya me he dao cuenta de que nos hemos pasao y no de listos precisamente.

Y entre que si uno u otro tenía la culpa de aquéllo, se entabló entre los dos una violenta discusión, a la que puso fin el jefe de estación saliendo al andén y preguntando:

—¿Qué pasa aquí?

El cabo Vela le refirió lo que les había pasado y el jefe de la estación les dijo amigablemente:

—Os debían haber hecho indicaciones en el cuartel para que no os pasara esto.

—Es verdad, pero no ha sido así. Es una desgracia, pero en este oficio de *sordao* todo el mundo manda más con los pies. Y así andamos nosotros, con las manos en la cabeza...

El jefe de la estación sonrió al ver el apuro de los dos muchachos y les dijo para tranquilizarlos:

—No os apuréis. Tomaréis el tren que pasa a las cuatro de la mañana y a las cinco llegaréis a Carabanchel... ¿Entendido?

—Entendido — respondió Vela, a quien ya se le habían quitado las ganas de bromear.

—Pues podéis salir afuera o quedarovs a descansar en la estación; como queráis.

—Muchas gracias — respondió Vela, llevándose a su amigo a la sala de espera de tercera clase.

Una vez dentro de la sala Vela empezó a pensar qué harían y, no viendo solución por ninguna parte, le preguntó a su compañero:

—¿Qué hacemos?

—Lo que tú quieras, hombre... Tú eres el superior...

—Nos quedaremos aquí — terminó diciéndole Vela.

Montero, que ya se había hecho la cuenta de correrse una juerguecita, al ver que Vela decidía por quedarse en la estación, preguntó extrañado:

—¿Pero nos vamos a quedar en la estación?

—¿Y qué quieres que hagamos con este tiempo que hace?

Verdaderamente la noche no se prestaba a ninguna incursión. Llovía a cántaros y el salir de la estación llevaba con-

sigo el peligro de un remojón, como para pescar una pulmonía. Montero comprendió que su amigo llevaba razón y se quejó diciéndole:

—Vaya guasa la del tiempo... Todo el mes echando los hígados de calor y un día que tiene uno de paseo, se pone a llover.

—¡Así nos cayera un rayo encima! — exclamó Vela, que estaba de pésimo humor.

—Eso, para ti solo — respondió Montero—. Déjate de tonterías y vamos a echarnos un rato pa dormir un poco.

UNA NOCHE DE JUERGA

Dió el ejemplo tumbándose en un banco de madera de los que había en la sala de espera y al poco rato se quedó dormido como un tronco. Vela, sin embargo, no encontraba la postura propicia para poder conciliar el sueño. Daba vueltas a un lado y a otro, sintiendo que la dureza de aquella madera se le metía en los huesos haciéndole un daño que no podía soportar. Por fin, al cabo de media hora, cuando ya Montero roncaba a pata tendida, se levantó, sin poder aguantar más y llamó a su compañero diciéndole:

—Eh, tú. Levántate y vámonos.

Montero se despertó sobresaltado y preguntó:

—¿Qué?... ¿Ya hemos llegao?

—No seas optimista, hombre — le dijo Vela—. Es que aquí no hay manera de dormir y he resuelto que nos espabillemos del todo... Vamos a divertirnos un rato. ¡Ale!... Mejor ocasión que ésta no la volveremos a encontrar.

Montero, que todavía estaba con los ojos medio cerrados, le respondió para que lo dejara dormir.

—Pero si nos vamos a calar hasta los huesos,

—No lo creo... Tú tienes mucha epidermis para que te la traspase el agua — le dijo el cabo cogiéndolo de un brazo para que se levantara de una vez.

Salieron de la estación y dieron en una calle donde no había un solo ser viviente. Desde luego, la nochecita se las traía. Llovía a cántaros y solamente un loco se habría atrevido a salir de su casa. Pero ellos, sin temor al agua se arrojaron a la calle sin rumbo fijo y, después de andar por varias calles arrimados a la pared, se detuvieron diciendo Montero:

—Estoy calao como una sopa.

—Pues trágatela y calla — le dijo Vela —. Tal vez encontraremos algún vecino que querrá darnos razón de lo que buscamos. Le haremos un guiño prolongao y comprenderá en seguida que lo que queremos es jarana.

De pronto los ladridos de un perro los alarmaron y Vela, que quiso hacerse el valiente, le dijo a su amigo:

—No te apures, déjalo que ladre todo lo que le dé la gana.

—Lo malo es que se despierte el dueño.

No había acabado Montero de hacer este comentario, cuando por una de las ventanas de la casa apareció un hombre que preguntó indignado:

—¿Quién va?... ¿Qué quieren ustedes?

—Háblale, tú, hombre — le dijo Montero.

—Mejor será que se lo digas tú — le ordenó Vela.

—¿Yo? — preguntó extrañado Montero, negándose a ello —. Pero, ¿aquí quién es el que lleva el mando?

Mientras ellos discutían quién de los dos debía ser el que preguntase a aquel vecino dónde podrían encontrar un sitio para pasar un rato de juerga, el hombre, creyéndose víctima de una broma, se metió de nuevo a la casa y al poco apareció con un jarro de agua que vació sobre los soldados, quienes ante el remojón huyeron de allí, no fuera a repetir la operación.

Echaron a correr hasta que de pronto Vela vió algo que le hizo exclamar alegremente:

—Ya lo hemos encontrado... ¡Ya está! Y ante la mirada interrogativa de Montero, siguió diciéndole: —Tenemos a la Providencia vestía de centinela...

Se dirigieron hacia la garita de la puerta de un cuartel que había visto Vela y una vez allí el cabo le preguntó:

—Eh, compadre.

—Callarse — exclamó el centinela—. No aulléis de esa forma que puede salir la guardia. ¿Estáis borrachos?

—Somos dos reclutas del 22 montado.

—Buena guarnición, por las narices...

—Di que sí — exclamó Montero—; como que sólo falta ya que nos pongan a leche. ¿Y aquí cómo estáis?

—Aquí estamos en la gloria — respondió el centinela, con ese afán que tienen todos los soldados de que su regimiento sea el mejor de todos—. Aquí ni hay calabozo, ni na. Y ya estoy viendo que el mejor día nos ponen hasta foyer.

—Bueno, vamos a lo que veníamos — le interrumpió Vela—. ¿Tú podrías decirnos dónde podríamos encontrar un sitio en el que pudiéramos divertirnos un rato?

—Vaya una pregunta — exclamó el soldado—. Claro que sí. Mira echáis calle adelante hasta dar con la primera calle, entráis en ella y dobláis a mano derecha, luego torcéis a la izquierda y en seguida encontráis un callejo a la derecha, seguís por allí hasta encontrar otro a la derecha de una vuelta, así otra pa el otro lado, dobláis a la izquierda y a la derecha tenéis ya lo que buscáis.

Vela seguía con los ojos muy abiertos todos los movimientos de la mano del centinela sin poder darse una idea exacta del lugar que le había indicado, pero con cierta orientación ya, decidido emprender todo aquel laberinto para ver si por fin daban con la salida.

Al poco rato de haber reemprendido la marcha y de haberse metido en más de veinte charcos, Montero le dijo a su amigo.

—Oye, Velita, por aquí no se puede dar un paso.

—Esto es la caraba — respondió Vela—. ¿Tú te estás dando cuenta de la clase de juerga que nos estamos corriendo?

—Y lo peor es que no llegaremos a tiempo a Alicante— exclamó Montero—. ¡Ay Perico de mi arma, que me estoy viendo tó el verano metío en el calabozo!

Y mientras los dos muchachos estaban pasando las de Caín en aquella noche de riguroso invierno, en casa del coronel del regimiento se celebraba la reunión, a la que había hecho mención el capitán y que tan poca gracia le hacía.

La esposa del coronel se acercó al capitán ofreciéndole

una taza de manzanilla y éste, sin poderla rehusar, le respondió afectando una leve sonrisa:

—Muchas gracias, señora... La manzanilla es una de las bebidas que más me gusta. Y cuando ella se hubo alejado se dijo interiormente: —Sobre todo la de botella, no ésta, que parece medicina.

El teniente, que lo vió alejado de la reunión de los demás oficiales donde se discutía de política, se acercó al capitán y le preguntó sonriendo:

—¿Parece que está usted preocupado, capitán?

—No — respondió él con su habitual franqueza—, lo que estoy es aburrido y pensando que un par de bribones la estarán pasando ahora colosalmente.

Sin embargo la situación de los dos muchachos, muy al contrario de la suposición del capitán, seguía siendo tan triste como al principio. No habían dado con la dirección que les había indicado el centinela e iban de una calle a otra sin rumbo fijo, hasta que por fin se encontraron por ventura un sereno a quien se acercó Vela preguntándole:

—Salud, amigo.

—Que *haiga* salud — respondió el sereno—. ¿Qué se os ofrece?

—Pues verá usted — le dijo el cabo—. Nosotros estamos con permiso, ¿sabe? y hemos *andao* por ahí dando un paseillo.

—De excursión, ¿sabe usted? — le interrumpió Montero, haciendo que Vela le reconviniése diciéndole:

—¿Hablo yo, o hablas tú?

—Habla tú, hombre, habla.

—Pues verá usted — siguió diciendo Vela—, nosotros quisiéramos saber dónde podríamos pasar un ratillo... ¿Usted comprende?

—Ni palabra — respondió el sereno.

—Díselo claro, hombre — le dijo Montero.

—Pues ya verá, que nosotros quisiéramos saber dónde podríamos encontrar algunas gachís para pasar un ratillo de jaleo.

El sereno les miró severamente. Indudablemente se trataba de un hombre de una moralidad extraordinaria y ante aquella petición exclamó indignado:

—Ahora comprendo... ¿Y se atreven a preguntarme eso a mí? ¡A mí, que soy consejero municipal!

—Si le parece a usted iremos a preguntárselo a Hernán Cortés — exclamó Vela, cansado ya de tanta rutina, como él decía.

El sereno, al ver que el cabo no se achicaba, con su actitud comprendió que lo mejor sería acceder y le respondió al fin:

—Bueno, después de todo lo que yo quería es evitar que os metierais en un antro de vicio... Mejor estaríais leyendo un rato... Pero en fin, ya que os empenáis, venid conmigo, porque antes de hacer mi servicio... Digo, ¿si no estáis cansados?

—De ninguna forma... Vamos donde usted quiera.

Dieron la vuelta por donde decía el sereno, mientras éste les iba hablando de la moral, hasta que por fin llegaron a la puerta del cabaret que había por aquel barrio y el sereno se paró diciéndoles:

—Ya hemos llegao al cabaret... Voy a llamar.

Lo hizo así y al poco rato se abrió una ventana y apareció un hombre que preguntó:

—¿Qué pasa?

—Federico — le dijo el sereno —. Abre, que aquí hay dos soldados que quieren entrar.

Al poco tiempo se abrió la puerta, los soldados se despidieron del sereno y entraron acompañados de Federico a un salón, el que según el propietario del establecimiento estaba destinado a las juergas civiles.

En cuanto estuvieron sentados, Federico se acercó a una escalera que comunicaba con el piso superior y gritó:

—¡Muchachas, bajar que hay clientela!

Montero acercó la boca al oído de Vela y le preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué va a pasar?

—No te preocupes, hombre — le dijo el cabo —. Después de todo aquí se está mejor que en la calle.

El dueño se acercó otra vez a los dos muchachos y les preguntó:

—¿Qué queréis tomar?

—Una botella de vino — le dijo Vela.

—Como las balas — respondió Federico marchando a recoger lo que le habían pedido,

Mientras el dueño iba a buscar la botella de vino bajó una muchacha y se acercó zalameramente a ellos, diciéndoles:

—¿De dónde salís así, pimpllos?... Parece que habéis estado echao en remojo como los garbanzos.

—Pero verás que pronto me voy a quedar seco en cuanto me mires un par de veces con esos ojazos—le dijo Vela, que siempre tenía el disco a punto.

La muchacha entabló conversación con ellos y entre bromas y chirigotas pasó el tiempo de tal forma y con tal rapidez, que Montero fué el que tuvo que llamar la atención a su compañero diciéndole:

—Oye, tú, que son las cuatro menos cuarto.

—Pues volando pa la estación — exclamó Vela, que todo lo prefería antes que perder el tren.

Intentaron salir, pero el dueño los detuvo diciéndoles:

—Eh, amigos, que aquí se paga lo que se bebe.

—¿Y quién ha bebido aquí? — le preguntó Vela, enseñándole la botella que todavía estaba sin principiar.

—Pues aunque no os la hayáis bebido la habéis pedido y es lo mismo.

—Vamos, hombre, quítese de delante que hay prisa—exclamó Vela.

—Ni prisa, ni na—respondió Federico dispuesto a cobrarles. —¿Es que acaso queréis bronca?... Pues veréis que pronto llamo yo a los guardias y se arma.

Vela lo miró airadamente y le dijo:

—Es que en este pueblo hay quien tenga más cara de guardia que tú, so pasmao?

—La culpa me la tengo yo por abrir la puerta a un par de borrachos — exclamó Federico.

Vela miró a su amigo y exclamó en el colmo de la indignación:

—¿Ha dicho borrachos?

—Sí que lo ha dicho — le respondió Montero.

Vela no aguardó a más y le atizó un puñetazo en un ojo que lo hizo rodar por el suelo. Las muchachas, que presenciaban la discusión, empezaron a gritar pidiendo socorro y los dos reclutas, antes de que la cosa llegara a mayores, ganaron la puerta y echaron a correr a la estación, antes de que fuera demasiado tarde,

Cuando llegaron allí, Montero se detuvo jadeante diciendo:

—¡Mi madre y qué carrera más larga!... ¡Ni la de cura!

—¡Y ahora han cerrao la puerta de la estación! — exclamó Vela—. ¿A que nos sueltan el tren en nuestras narices?

Y para que no sucediera aquello empezaron a golpear la puerta, hasta que salió el jefe de estación. Por desgracia era otro distinto del que ellos habían visto, quien les dijo de mal-humor:

—No armar tanto ruido. Ni que fuera todo el regimiento.

—Es que hemos de tomar el tren de las cuatro.

—Pues para eso no hay que romper la puerta, se llama y en paz. ¿A dónde vais?

—A Alicante — respondió Vela.

—Pues vengan los billetes.

El cabo empezó a buscarse los billetes y no los encontraba por ninguno de los bolsillos. Montero que veía que pasaba el tiempo, lo apremió diciéndole:

—Aligera, Perico, que vamos a perder el tren.

—Por fin Vela, seguro de que no tenía los billetes se volvió a Montero y le dijo:

—Oye, ¿los billetes no los tienes tú?

—Yo lo que tengo es el reuma — respondió Montero—.

¡Qué demonio de billetes voy a tener yo!

—¿Dices que no los tienes?

—Claro que no... Búscalos bien, Velilla, porque nos la estamos jugando.

Por más que buscó y rebuscó en todos sus bolsillos los billetes no aparecieron y el empleado, cansado de esperar, terminó diciéndoles:

—Total que no hay billetes, ¿verdad? Pues en esta estación no se puede viajar sin billetes, conque ahí está la taquilla y ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Pedro corrió a la taquilla y le pidió al empleado:

—Déme usted dos terceras militares.

Fué a pagar y exclamó al cabo de un rato:

—Ahora no faltaba más que esto.

—¿Qué sucede? — preguntó Montero.

—Pues que hemos perdido el dinero también... Debe haber sido corriendo... Vamos a buscarlo por todos los sitios que he-

mos pasado, tú por un lado y yo por otro... Hasta que encontramos el duro no paramos.

Empezaron a buscar por todas partes donde habían estado, claro que sin acercarse demasiado adonde estaba el cabaret, y cuando ya había amanecido y era día claro, Montero exclamó:

—Ya está.

—¿Lo has encontrado? — preguntó Vela.

—Sí, he encontrado parte... Me he encontrado un cupón níquel...

—Pues ya no falta más que diecinueve reales — le respondió Vela, siguiendo buscando.

Continuó la busca del duro hasta que de pronto Pedro sintió una voz autoritaria que los llamaba diciéndoles:

—¡Muchachos!

Vela se incorporó y al ver que se trataba de un teniente se cuadró militarmente respondiendo:

—A la orden, mi oficial.

—¿Qué es lo que hacéis aquí? — preguntó el teniente.

—El ridículo mi teniente — respondió Vela —. Digo el ridículo porque no encontramos un duro que se nos perdió anoche.

El oficial, seguro de que aquellos individuos habían pescado una borrachera enorme, les preguntó:

—Y con qué ha sido, ¿con cazalla?

—No, mi teniente — respondió el cabo —, ha sido con Pastora...

—¿Y cómo estáis aquí? — preguntó el teniente.

—Vamos en comisión de servicio, mi oficial. Pero nos hemos equivocado en los cambios de trenes, luego hemos perdido los billetes, el dinero y no nos hemos perdido nosotros por milagro.

—Pues venid conmigo — les ordenó el teniente.

Y sin más explicaciones se los llevó detenidos a la preventión hasta que él diera cuenta de lo que pasaba al comandante mayor.

En cuanto se echaron sobre los bancos de la prevención, los dos amigos quedaron profundamente dormidos, sin darse cuenta del tiempo que pasaba, hasta que entró de nuevo un soldado y les dijo:

—Venid que el comandante os llama. Ya os podéis pre-

parar... Es el tío de más malas purgas que os habéis echao a la cara.

Cuando entraron al cuarto del comandante vieron que allí estaba Federico, en uno de cuyos ojos se advertía las señales del puñetazo de la noche anterior y el comandante, en cuanto los vió, exclamó indignado, dirigiéndose al dueño del cabaret:

—Aquí están los héroes. Los héroes de la merluza, encontrados en mitad de la calle borrachos perdidos... ¿Es así como se lleva uniforme militar?... ¿No veis la porquería que vais hechos? Mirad cómo habéis dejado a este hombre...

—Mi comandante, yo le explicaré — se atrevió a insinuar Vela.

—Aquí no habla nadie más que yo — exclamó el comandante. — ¿Cómo se llama usted?

—Pedro Vela, mi comandante — respondió Perico.

—Bueno, pues os voy a dar pasaporte para Toledo, granujas.

—Gracias, mi comandante — replicó Vela.

—¡Ni gracias ni narices! ¡Largo de aquí en seguida!

Había pasado el día siguiente sin que se presentasen Pedro ni Montero y el capitán Sanromán estaba furioso y le decía al sargento.

—Pero, ¿dónde estarán esos malditos?... Porque yo ya no puedo dejar de dar parte de ellos... En cuanto me los eche en la cara va usted a ver lo que es bueno... Tenga usted corazón, para que unos frescos le tomen el pelo... Y lo más grande es que estoy intranquilo por si les ha ocurrido algo malo.

Mientras tanto, Pedro Vela y Montero eran conducidos a su respectivo cuartel, acompañados por una pareja de la Guardia Civil, ocasionando a su paso por la carretera la compasión de cuantas personas los veían, que exclamaban condolidas:

—¡Pobrecitos!... ¿qué habrán hecho?

De esta forma llegaron al cuartel y en cuanto lo supo el capitán se fué para ellos y lo primero que hizo fué quitarle los galones a Vela, lo demás que pensaba hacerles, lo dejó para cuando estuviera más sereno y fuera de aquel arrebato.

Cuando Vela se encontró ya en el cuartel, le dijo a su amigo:

—Chico, ahora empiezo a estar más tranquilo... Hasta me encuentro más descansao.

—Toma — exclamó Montero—, como que esto parece veranear.

En esta se presentó el capitán y les dijo:

—Vengo a felicitaros por vuestra hazaña. Y luego a liarme a guantazos con los dos hasta que toquen diana. ¿Con que andando por la carretera y acompañados por la Guardia Civil? ¿Es que queréis matarme a berrinches? Pues te advierto que te doy una patada que te apago la "Vela", so pasmao...

Ninguno de los dos se atrevían a decir palabra y el capitán, dando por terminada su regañuza se volvió a su ordenanza que estaba allí y le preguntó:

—¿Tú, querías hablararme?... ¿Qué tripa se te ha roto?

—Mi capitán, yo quería pedirle un permiso para ir a mi casa... Se casa mi hermana y la verdad...

El capitán se le quedó mirando y le preguntó:

—Oye, ¿tu hermana se te parece?

—Sí, mi capitán.

—Pues dale el pésame a tu futuro cuñado de mi parte. Y del permiso no hay ni que hablar... ¿Por quién me habéis tomado a mí?

El soldado guardó silencio sin responder y el capitán, después de haberse desahogado, llamó al sargento y le dijo:

—Covachuela, póngale ocho días de permiso a este encajao para que vaya a ver cómo se casa su hermana.

Y poco después, Pedro Vela, hecho soldado raso y su amigo, les contaban a sus compañeros de cuartel las aventuras que habían pasado, pero poniéndolo todo de un color de rosa tal, que había muchos que no lo creían. Gracias que Montero estaba allí y el juraba y perjuraba que era verdad cuanto decía Vela, y que juerga como la de aquella noche no volvería a pasarla en todos los días de su vida.

Sin embargo, el soldado que antes de salir de viaje, o sea Canuto, se había peleado con él, le dijo enseñándole los galones de cabo que ahora lucía en las bocamangas:

—Vósotros os habréis divertido mucho, pero has perdido los galones, mientras que yo... fíjate.

Vela se encogió de hombros, como si no le importase nada su graduación y le respondió despectivamente:

—Pero si yo he salido ganando... De cabo Vela, he cambiado a Vela sólo... Ya no soy cabo ni tengo responsabilidades.

—Claro — le respondió el otro, a quien aquella indiferencia de Vela no le satisfacía—. El que no se conforma es porque no quiere. Ahora podéis seguir contando todas las mentiras que se os ocurra, pero yo no creeré ninguna.

Vela se volvió indignado hacia Montero y le dijo:

—¿Qué te parece? —Y revolviéndose contra el cabio exclamó: —Mentiras, yo??

—Sí, hombre, sí — le dijo otro soldado—. A mí me parece también que exageras algo y que no habrá sido tanto como decís.

—¿Que no habrá sido tanto? — exclamó Vela—. ¡Si vosotros hubierais visto a aquellas dos mujeres!... Y que eran feas, ¿eh, Montero?... ¿Te acuerdas de la noche que pasamos?

—No me he de acordar — respondió Montero, pensando en el remojón, en la trifulca con el dueño del cabaret y en la situación que se encontraron cuando se dieron cuenta de que habían perdido los billetes—. Noche como ésa no se olvida fácilmente... Ya te digo yo que si otra vez nos mandaran lo pasaríamos mejor.

—¿Te vas dando cuenta? — exclamó Vela dirigiéndose al cabio—. Y si tú te has creído que me vas a tomar el pelo porque te han hecho cabo en mi lugar, estás equivocao.

—No es eso — replicó otro soldado—. Es que habéis contado tantas cosas...

—Y toas son verdades — respondió Vela—. ¿No es verdad que Montero y yo nos fuimos en el tren de las ocho cuarenta y siete? ¿No es verdad que por orden del capitán me dió el teniente veinte duros?

Montero asentía con la cabeza, mientras él seguía diciendo:

—¿No es verdad que en la mitad del viaje voy yo y le digo a Montero... ¿Por qué no bajamos un ratito en ese pueblo?... Y bajamos y nos fuimos de juerga con el alcalde, un señor muy fino, que nos llevó a un cabaret y nos invitó a champaña... ¿No es verdad todo eso?... Dilo, hombre, dilo, para que éstos se lo crean...

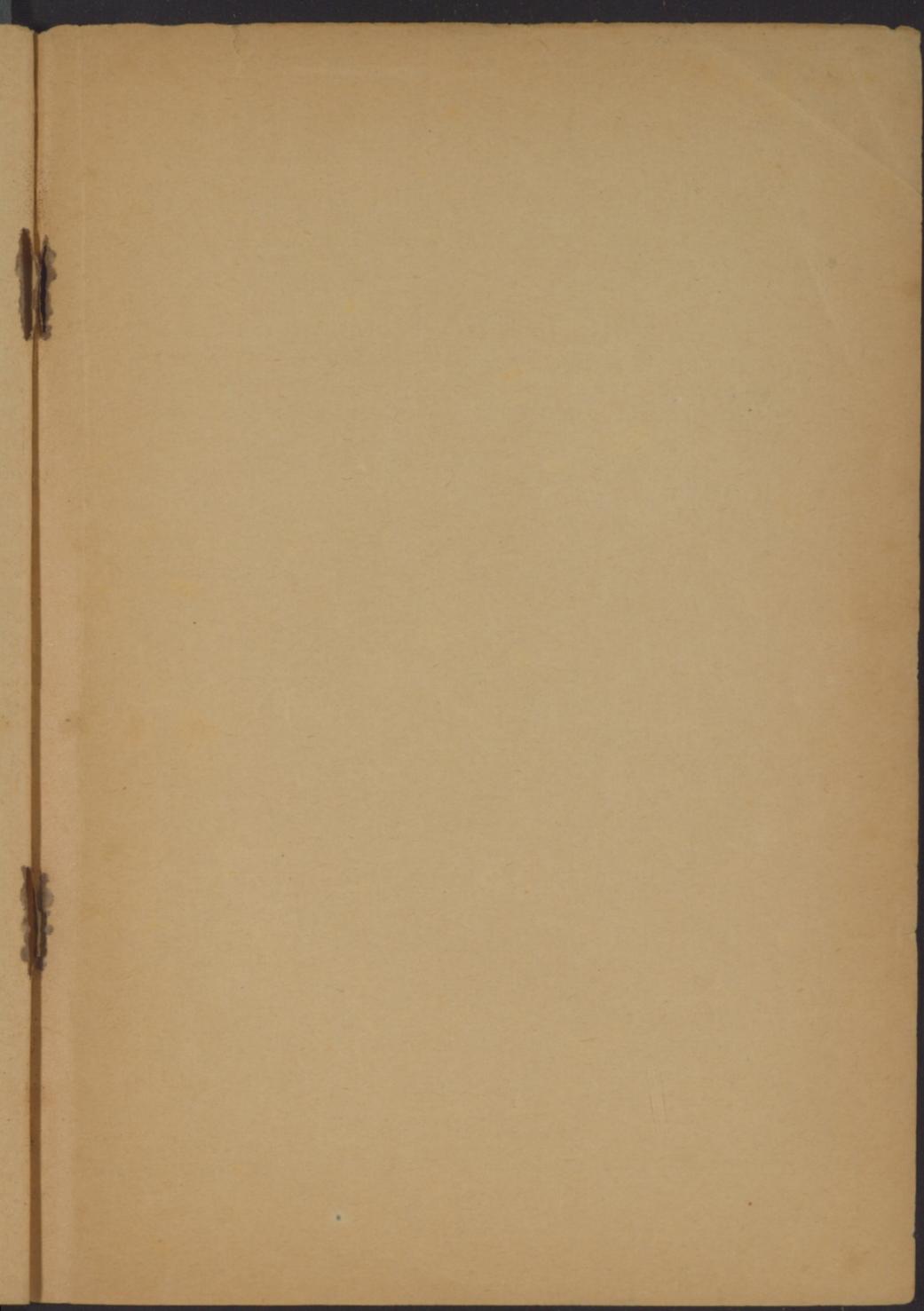
Montero estaba asombrado de la inventiva de su amigo, pero como tampoco quería él quedarse atrás en todo aquello

que había contado y quería pasar por un héroe como su amigo, respondió:

—Has dicho la chipén... Y si alguno no lo cree que vaya al pueblo y pregunte por nosotros a un tal Federico, al dueño del cabaret, ya verá si nos pasamos allí una juerga o no.

El toque de fajina hizo comprender a todos los soldados que estaban reunidos que había llegado la hora del rancho. Para ellos era aquello mucho más importante que la narración de Vela y echaron a correr para formar filas antes de que por llegar tarde se quedaran sin el correspondiente rancho.

FIN



COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanagues 1935

30 céntimos
ejemplar

Mickey Mouse

Betty Boop

Los tres cerditos

Juanito Milhombres

Bimbo

El gato Félix

Cuentos infantiles

30 céntimos
ejemplar

Nochebuena con Villancicos

Los Reyes Magos

PITUSA en el País de Jauja

Carnaval Infantil

Noche de brujas

(BETTY BOOP)

Fábulas

El león y el ratón

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

